

Edicions per Edicions e3 cultura
Associació Catalana de la Llengua i la Cultura (Associació)
fax: (34) 93 1461941 i e-mail: redaccio@acllc.org i cultura@acllc.org
Dipòsit legal: B-14530-13
Llibreria Alfabeta
14530 Pineda, València
Espanya

Direcció de publicació: Fina Horta
Il·lustracions de publicació: Alfabeta
Textos de Alfabeta

© Sonia Mattalía y Nuria Girona, eds.
© Edicions e3 cultura

ISBN: 980-328-783-4

Dipòsit legal: B-0412001800345

Ciutat de València, 2001

AUN Y MÁS ALLÁ: MUJERES Y DISCURSOS

Impreso en GLANDA, Impresora
de Manzanera, 26 (46100) Albuixac (España)

Este presente volumen ha sido editado con el aporte de:



UNIVERSITAT DE VALÈNCIA



Editado por Ediciones eA cultura
(Asociación Civil Crítica de la Literatura y la Cultura Latinoamericanas)
Fax: (34) 96-1464941 / e-mail: mदारोqui@ctu.es y ecoquer@bemarnet.es
Dirección: c/L'ALCALATEN, 13
Urbanización Alfinach
(46530) Puzol, Valencia
España

Diseño de portada: Pino Hernández
Ilustración de portada: Abapurú
Tarsilia do Amaral

© *Sonia Mattalia y Nuria Girona, edas.*
© *Ediciones eA cultura*

ISBN: 980-328-783-4
Depósito legal: IF 0412001800245
Caracas-Venezuela, 2001

Impreso en: GUADA, Impresores, S.L.
c/ Montcabrer, 26 (46960) Aldaia (España)

<p> <i>El amor no puede ser dicho</i> de MONTAÑA Y NURIA GIBONA </p>	3
<p> de MONTAÑA Y NURIA GIBONA </p>	7
<p> MUJERES ESCRITORAS </p>	
<p> <i>Las mujeres sabidas, mujeres sin saber: cuentos de Luisa Valenzuela</i> de LUISA VALENZUELA </p>	15
<p> <i>El amor es una droga dura de Cristina Peri Rossi</i> de CRISTINA PERI ROSSI </p>	25
<p> <i>El origen del mundo</i> de CRISTINA PERI ROSSI </p>	29
<p> <i>El amor es una droga dura de Cristina Peri Rossi</i> de CRISTINA PERI ROSSI </p>	29
<p> <i>Ángeles de la ciudad</i> Elena Poniatowska de ELENA PONIATOWSKA </p>	39
<p> <i>El binomio imposible</i> de ELENA PONIATOWSKA </p>	45
<p> <i>El amor es una droga dura de Marguerite Yourcenar</i> de MARGUERITE YOURCENAR </p>	51
<p> <i>Ideología de lo femenino y mujer escritora</i> de CARMEN DE BUJOS </p>	63
<p> <i>La poesía de Angela Figueroa</i> de ANGELA FIGUEROA </p>	73
<p> <i>La poesía de María-Mercè Marçal</i> de MARÍA-MERCÈ MARÇAL </p>	83
<p> LA MUJER EN LA TRADICIÓN </p>	
<p> <i>La mujer como responsabilidad</i> de ANA MARÍA </p>	95
<p> <i>Los relatos del Caribe francés</i> de ANA MARÍA </p>	105
<p> <i>La mujer en la novela hispanoamericana de fin de siglo</i> de ANA MARÍA </p>	113
<p> <i>La mujer en la novela hispanoamericana de fin de siglo</i> de ANA MARÍA </p>	123
<p> <i>La mujer en la novela hispanoamericana de fin de siglo</i> de ANA MARÍA </p>	135
<p> <i>La mujer en la novela hispanoamericana de fin de siglo</i> de ANA MARÍA </p>	143
<p> <i>La mujer en la novela hispanoamericana de fin de siglo</i> de ANA MARÍA </p>	155

MUJERES

<i>Lo que se dice</i>	
SONIA MATTALÍA Y NURIA GIRONA	3
<i>Lo que no puede ser dicho</i>	
LUISA VALENZUELA	7

MÁS ALLÁ: MUJERES ESCRITORAS

<i>Mujeres tachadas, mujeres sin tacha: cuentos de Luisa Valenzuela</i>	
SONIA MATTALÍA	15
<i>Fetichismo y subversión en El amor es una droga dura de Cristina Peri Rossi</i>	
ANNA CHOVER	25
<i>El síndrome de Stendhal o El origen del mundo.</i>	
<i>Notas sobre El amor es una droga dura de Cristina Peri Rossi</i>	
EVA LLORENS CELADES	29
<i>Todo regresa al silencio. "Ángeles de la ciudad" de Elena Poniatowska</i>	
ANA BELÉN CARAVACA	39
<i>Monja y Alférez o El binomio imposible</i>	
BEATRIZ FERRÚS	45
<i>A propósito de la escritura "viril" de Marguerite Yourcenar</i>	
ELENA REAL	51
<i>¿Para qué quieres tú escribir? Ideología de lo femenino y mujer escritora en el cambio de siglo español: Carmen de Burgos</i>	
MARCIA CASTILLO MARTÍN	63
<i>Las figuras de la maternidad: una lectura feminista de la poesía de Ángela Figuera</i>	
DOLORS CUENCA	73
<i>Las voces en la obra poética de Maria-Mercè Marçal</i>	
ANTONIA CABANILLES	83

MÁS ALLÁ: REESCRITURAS DE LA TRADICIÓN

<i>"Otro modo que ser": la escritura como responsabilidad</i>	
ELEONORA CRÓQUER PEDRÓN	95
<i>"Mamá me contaba..."</i>	
<i>De memorias y linajes femeninos en relatos del Caribe francófono</i>	
MARÍA JULIA DAROQUI	105
<i>Las metamorfosis de Caperucita</i>	
FRANCISCA NOGUEROL	113
<i>Mujeres que lloran, mujeres que fingen</i>	
NURIA GIRONA	123
<i>La mujer como flor. Un tópico de la novela hispanoamericana de fin de siglo</i>	
ROSA PELLICER	135
<i>"...Una chinita querendona que llorara su partida".</i>	
<i>Sobre el lugar de las mujeres en el imaginario gauchesco</i>	
JESÚS PERIS LLORCA	143
<i>Algunas voces femeninas en la poesía de la Revolución cubana</i>	
CARMEN ALEMANY BAY	155

MÁS ALLÁ: MUJERES EN EL CINE

Hiroshima mon amour: una memoria de sombras y de piedra	
LORENA RODRÍGUEZ MATTALÍA	165
Amelia Lopes O'Neill de Valeria Sarmiento, 1990	
VICENTE RAGA	175
<i>El vestíbulo de cierto llanto. Un recorrido por los aspectos melodramáticos de</i>	
<i>Amelia Lopes O'Neill (Valeria Sarmiento, 1990)</i>	
SANTIAGO BARRACHINA	179
<i>Desenmascarar la mirada. Algunos apuntes sobre cuestiones de género</i>	
<i>en la película Amelia Lopes O'Neill (Valeria Sarmiento, Chile, 1990)</i>	
NURIA CASTELLOTE	183
<i>Dislocaciones de la metáfora familiar en Amelia Lopes O'Neill</i>	
<i>(Valeria Sarmiento, Chile, 1990)</i>	
SONIA GARCÍA	187
<i>Cinel Tecnología. Montaje y desmontaje del cuerpo</i>	
GIULIA COLAIZZI	191

AUN: CUERPOS

Literatura encarnada:

modelos de corporalidad femenina en la Edad Moderna

MÓNICA BOLUFER PERUGA	205
<i>Cultura y modelización del cuerpo femenino</i>	
ISABEL MARTÍNEZ-BENLLOCH Y AMPARO BONILLA CAMPOS	217
<i>Teresa de la Parra: una niña (in)decente</i>	
BELFORD MORÉ	227
<i>Corporalidad y abyección en las crónicas de Pedro Lemebel</i>	
JAUME PERIS	233
<i>La situación marginal de la "barbarie" americana. Los sacrificios en Mesoamérica</i>	
FRANCISCO RAMOS PASTOR	239
<i>Sangre</i>	
SARAH MARTÍN LÓPEZ	243
<i>Resurrección</i>	
MAR RUIZ	247

LITERATURA ENCARNADA:
MODELOS DE CORPORALIDAD FEMENINA EN LA EDAD MODERNA

Mónica Bolufer Peruga
Universitat de València, España

El cuerpo (de las mujeres) y la Historia

Mi aportación a este encuentro, desde mi posición epistemológica y mi trayectoria de investigación como historiadora, parte de un triple presupuesto teórico y metodológico. En primer lugar, sostiene que es posible escribir una *historia del cuerpo*, de aquello que, aparentemente, se presenta como una realidad natural, dada y, por tanto, ajena a la historia (Porter, 1993; Bolufer, 1999). Afirma, en segundo lugar, que esa historia del cuerpo debe situar en su centro las formas en que se construye socialmente la diferencia de los sexos (Knibiehler, 1983; Jordanova, 1989). Y defiende, por último, que ese proceso puede abordarse tomando la *literatura como fuente histórica*, lo que implica considerar que los textos literarios no son reflejos o descripciones de la realidad, aunque recojan elementos que están presentes en ella, sino que ante todo traducen las inquietudes, anhelos y tensiones de una sociedad y de un momento histórico y construyen modelos presentados explícitamente o bien ofrecidos de forma implícita como normas a seguir o desviaciones a evitar (Paz, 1987; Maravall, 1986; Chartier, 2000). Por diversos mecanismos de persuasión, coerción e identificación, la literatura se encarna, se materializa en experiencias personales del cuerpo, en gestos y movimientos, en alteraciones físicas y psíquicas, ejerciendo una influencia sobre los lectores y lectoras que es difícil de comprobar pero que puede rastrearse a través de una polvareda de signos. Abordar el estudio de los modos en que se conceptualizaba el cuerpo y se regulaba socialmente su uso en los siglos XVI al XVIII supone, pues, adentrarse en la literatura hagiográfica y mística (vidas de santas, autobiografías espirituales), en los escritos pedagógicos y de civilidad (tratados de buenas maneras y vida cortesana), en los textos médicos y en la literatura de creación, particularmente la novela sentimental que desde el siglo XVIII difundió los nuevos modelos de relación con el cuerpo expresados también en la Filosofía y la Medicina de la época.

No cabe duda de que el cuerpo, aquello que se presenta como lo más natural, primario e inmutable, no es un *a priori* histórico, una mera realidad biológica, sino una construcción cultural con sus modulaciones a través de los tiempos. La forma en que como individuos, mujeres y hombres, experimentamos y modelamos nuestros cuerpos y hacemos usos de ellos responde a las expectativas sociales, a las pautas de conducta y sentimiento vigentes en las distintas épocas y sociedades. Esa idea a nadie puede sorprender en nuestros días. Hijas e hijos de la época de la imagen y la comunicación, conocemos bien en nuestras propias vidas y en los conflictos de nuestro tiempo que el cuerpo forma parte de la cultura y experimentamos la poderosa influencia que los medios ejercen en la construcción de imágenes corporales y modos de vivir. Sabemos de los procesos de somatización tanto de los conflictos psicológicos individuales como de los malestares colectivos y también de las particulares exigencias que los modelos vigentes de corporalidad imponen a las mujeres, con resultados a veces dramáticos, tal como en la actualidad ponen de relieve los progresos de enfermedades psicosomáticas de todos conocidas, como la anorexia, la bulimia o el síndrome de fatiga crónica.

Producto, en buena medida, de la sociedad y la cultura, el cuerpo resulta disciplinado, configurando usos socialmente regulados o "técnicas del cuerpo" (Mauss, 1971: 337). Y ese aprendizaje labra en las carnes, a golpes de discursos y de prácticas de

salud y de urbanidad, los perfiles de las hegemonías sociales que se construyen, que dominan y se discuten en una época y un entorno dados. El cuerpo ha sido y es, por ello, uno de los lugares donde de forma más poderosa se construyen y se combaten las nociones sobre el orden social (Porter, 1993: 258, 272). Precisamente porque constituye una instancia básica, que es sentida y vivida como natural por los sujetos sociales, es en él donde la diferencia sexual se inscribe de forma más profunda, se *naturaliza*. Y ese proceso afecta de forma particularmente intensa a las mujeres, puesto que históricamente su cuerpo ha sido dotado de una potente carga simbólica en tanto que encarna, desde un punto de vista masculino, el enigma del *otro* y que realiza la reproducción de la vida, con todos los significados que a ésta se le asocian: la continuidad de la sociedad, el linaje o la familia, el misterio de la generación. A ellas se las ha representado en relación más estrecha y directa con lo material, con lo corpóreo, con una biología de la que se ha hecho un destino. Y, consecuentemente, su experiencia del cuerpo se ha configurado en el marco de los discursos con que las distintas sociedades han tratado de aprehender y fijar la diferencia de los sexos, y en el de las instituciones (la familia, la religión, el ordenamiento legal) que ha regulado los modos en que mujeres y hombres pueden hacer uso de sus cuerpos.

Quienes trabajamos en el campo de la Historia, y especialmente de la historia cultural, estamos acostumbrados a imaginar el tiempo histórico a modo de cronologías superpuestas, de acuerdo a la especificidad del contexto social y cultural, de forma que los modelos de comportamiento y subjetividad no se suceden unos a otros de modo lineal, sino que se solapan y coexisten. En este sentido, en la época moderna convivieron distintos modelos de corporalidad femenina, insertos en distintas pautas de comprensión y producción del cuerpo, de las que me interesa destacar tres, a efectos de comparación, para centrarme después en el último de ellos: el modelo religioso, el cortesano y el sentimental, originado en el siglo XVIII.

La Iglesia mantuvo desde los primeros siglos del cristianismo una visión negativa del cuerpo. La dualidad fundamental que en el pensamiento judeocristiano oponía la carne corruptible al alma inmortal implicaba una desvalorización de todo lo que tenía que ver con el cuerpo, identificado con lo material y perecedero (Brown, 1993; Foucault, 1987). Para conseguir la salvación, el cristiano había de mantener una lucha continua con los instintos y pasiones que le encadenaban a la carne, y el modelo máximo de perfección lo constituían aquellos hombres y mujeres que renunciaban a todo contacto sexual y castigaban su cuerpo con severos ayunos y penitencias para purificar su alma. En esta severa moral de hombres célibes, el cuerpo femenino representaba la carne por excelencia, con todos sus peligros y su poderosa seducción, y despertaba el más intenso desprecio y temor (Delarun, 1992; Delumeau, 1989). De la mujer se decía que era más carnal, menos espiritual que el hombre, a quien desviaba del recto camino y en quien despertaba sus más bajos instintos. El pecado original en el que, según el relato del Génesis, la primera mujer había hecho incurrir al hombre era una culpa que las hijas de Eva seguían arrastrando. En esa tradición, por ejemplo, el dolor del alumbramiento era, junto con la obediencia a la autoridad del hombre, uno de los castigos impuestos por Dios a las mujeres tras la Caída. El sufrimiento del parto actuaba, pues, como un poderoso símbolo religioso: recordaba el pecado de la primera mujer y su inferioridad respecto del hombre, actuaba como metáfora de la maternidad espiritual de María y revestía un valor expiatorio, porque a través de él las mujeres podían compensar la culpa de Eva y aproximarse al santo dolor de la Virgen por su Hijo (Bolufer, 1998b).

Así, los modelos de santidad femenina propuestos y difundidos en la literatura hagiográfica medieval y moderna subrayaron la importancia de la renuncia al hedonismo del cuerpo, a la satisfacción no sólo de los placeres del sexo sino también del reposo o el alimento (Bynum, 1987), y el valor del sufrimiento físico y espiritual como

una prueba que Dios enviaba a sus elegidos (Cazorla, 1744: cap. IV, XII; Ortí, 1743: cap. XIII). Estas ideas calaron en las prácticas de devoción y en la forma en que en la literatura religiosa y mística las mujeres representaban sus cuerpos, recordaban morosamente, agradeciéndolos, los dolores padecidos y relataban con velada satisfacción y orgullo las penitencias que se habían inflingido (Schutte, 1992; Pourtrin, 1996; Rivera, 1992). Pero también se combinaron y contrapusieron de forma compleja con otras formas de expresión de la religiosidad femenina, como la mística, con su vivida experiencia espiritual expresada en un lenguaje sensorial y corporal de enorme riqueza (Zavala, 2000). El valor concedido a la mortificación también impregnó la literatura moral dirigida a las mujeres laicas, que las exhortaba a renunciar al “cuidado desordenado del cuerpo” (Irisarri, 1782; Arbiol, 1739). Caló asimismo en la práctica pedagógica y en los reglamentos de las escuelas y conventos de educación de jóvenes de buena familia, en los que se pretendía modelar las actitudes corporales de acuerdo con las virtudes cristianas, valorando la quietud y modestia de gestos y movimientos (Bolufer, 2000a).

Otras formas de regulación del cuerpo, que expresaban otros valores y prioridades y respondían a otro entorno social, eran las originadas en el medio cortesano. Éstas ponían énfasis, más que en la mortificación, en la contención, entendida como un ideal a la vez estético, político y moral que cifraba la distinción en una actitud corporal envarada y solemne. La contención de afectos y movimientos queda ejemplificada en el uso, por parte de caballeros y damas, de vestimentas (gorgueras, verdugados) que modelaban el cuerpo para producir el porte distinguido y en la práctica de la danza cortesana como suprema manifestación del control del cuerpo (Vigarello, 1978). Un ideal de comportamiento difundido en los siglos XVI y XVII por toda una literatura de civilidad (al estilo de *El Cortesano* de Baldasare Castiglione, obra ampliamente leída e imitada), parte del *proceso de civilización* (Elias, 1982 y 1987) que, iniciado en medios cortesanos, acabaría imponiendo al conjunto de la sociedad formas más contenidas de producción del cuerpo.

La nueva cultura ilustrada del cuerpo: medicina y literatura en el siglo XVIII

Por contraposición al modelo religioso, basado en la mortificación, o en el cortesano, que preconizaba también cierta austeridad, pero más bien como forma de representar la distinción social y las virtudes de la *discreción* palaciega que de encarnar el rechazo religioso del cuerpo, el pensamiento ilustrado construyó una nueva concepción y pedagogía de los cuerpos, que incorporaba una nueva representación de la diferencia de los sexos y sus implicaciones en lo físico y en lo moral. En particular, la nueva novela sentimental y la literatura médica de divulgación del siglo XVIII constituyeron poderosos medios de construcción de comportamientos, actitudes y sensibilidades que modelaban los cuerpos para ajustarlos al orden social a través de lo que en la época se conocía como *educación física* o consejos para una vida sana, que podemos entender como la forma en que las normas morales se encarnaban en pautas corporales a través de la interiorización y la imitación (Bolufer, 1998: cap. 5, y 2000). Esas dos formas de escritura, una *creativa* y otra *científica*, tenían mucho en común. Ambas participaban de una misma sensibilidad, de un mismo clima cultural y compartían, salvando las distancias, sus propósitos moralizantes, el espíritu de una ética laica preocupada por el bienestar público y la felicidad individual, unos mismos destinatarios, las élites acomodadas y educadas del siglo, burguesas y aristocráticas, y similares referencias intelectuales, en ocasiones estrechas relaciones entre sus autores (el inglés Cheyne, uno de los formuladores de la fisiología de la sensibilidad, fue médico de Richardson, y Rousseau, amigo de otro de los *médicos de los nervios*, Tissot, influyó a su vez sobre otros autores

de obras médico-morales, como Roussel, autor del *Système physique et moral de la femme*), e incluso modelos narrativos comunes, como el estilo sentimental aplicado al relato de casos clínicos.

Las heroínas de la novela y el teatro sentimental del siglo XVIII (como *Pamela Andrews* de Richardson, *La Nouvelle Héloïse* de Rousseau y sus imitaciones castellanas: *La Serafina* de Mor de Fuentes, *La Leandra* de Valladares y Sotomayor, *La Filósofa por Amor* de Tojar, o las *Comédies larmoyantes* de Nivelles de la Chaussée, Crébillon o Kotzebue) eran figuras vulnerables y delicadas, que hacían gala de sensibilidad en un despliegue de gestos corporales destinados a conmover al lector o espectador y a representar la excelencia moral de las protagonistas: lágrimas, palpitaciones, suspiros, palidez, desvanecimientos, que evocaban la protección masculina y también parecían invitar a la seducción. Los escritores y los autores de los grabados que ilustraban las novelas representaban con evidente fascinación morbosa esos cuerpos femeninos agitados por la emoción o bien desvalidos, en actitud abandonada a la vez que provocativa, como muestra la conocida iconografía de la *liseuse* (la lectora entregada a los placeres de su imaginación). En la literatura médica, particularmente en los textos divulgativos (tratados de "Medicina doméstica", de "conservación" de los niños, artículos en la prensa), así como en los escritos pedagógicos y en la crítica de costumbres, los personajes son, en cambio, arquetipos morales menos ambiguos, que los autores ofrecen a la censura o bien al elogio (Bolufer, 1996, 1998 y 2000a). De una parte, las damas de la aristocracia, representadas como seres débiles y enfermizos, consumidos por forma de vida que se dice insana: la maternidad al estilo tradicional (dejando la lactancia y el cuidado físico de los hijos a cargo de nodrizas), las prácticas de una activa vida social y las imposiciones de la moda y la apariencia. De otra, las campesinas como figuras idealizadas e irreales, cuyos cuerpos encarnan una mítica *naturaleza* pero también la idea de rudeza y *primitivismo* del que las élites del siglo XVIII quieren distanciarse. De esa dicotomía literaria emerge un modelo corporal que es también un ideal moral y social: el de una mujer suficientemente robusta para cumplir con la función social que se considera fundamental en ella, la maternidad, a la vez que lo bastante frágil como para diferenciarse del hombre (según la dicotomía mujer-debilidad, hombre-fuerza establecida por la filosofía y la ciencia) y para subrayar su separación del trabajo físico, y con ella su distinción respecto a las mujeres de las clases populares.

Esos modelos desplegaban mecanismos diversos que pretendían suscitar la adhesión de lectoras y lectores. En la literatura de creación, en virtud de la relación estrecha e íntima que los nuevos géneros sentimentales pretendían establecer con su público, buscando su identificación emocional y física con los personajes y las situaciones representadas. La novela en particular apelaba a los sentimientos y los cuerpos de las lectoras y lectoras y aspiraba a despertar en ellos las mismas reacciones afectivas y físicas (lágrimas, suspiros, gestos) desplegadas por los personajes. Los médicos utilizaron en ciertos aspectos los mismos recursos melodramáticos en sus descripciones de casos y exhortaciones morales a sus lectores, pero sobre todo desplegaron sus propios y poderosos mecanismos de penetración: el creciente prestigio de la Medicina como saber científico que afirmaba su objetividad apelando a la *naturaleza* como una evidencia irrefutable, y el doble mecanismo de la amenaza de la enfermedad y de los beneficios que para la felicidad individual y colectiva reportaría un cuerpo sano. De forma implícita en la novela y el teatro y de modo más crudo y didáctico en la literatura médica, los comportamientos normativos se identificaban con el bienestar del cuerpo, y las pautas de vida desautorizadas con causas de enfermedad y degradación física. Constituyen un ejemplo los razonamientos alarmistas y las imágenes morbosas e incluso macabras con las que se

atacaron los hábitos indumentarios de las damas, particularmente la *cotilla* o corsé, esa *máquina asesina* de la cual se decía, con evidente exageración, que causaba toda suerte de males (Bolufer, 2000).

Así pues, los médicos contribuyeron poderosamente a construir la ilusión de unas identidades masculina y femenina naturales, que legitimaba la diferencia y la desigualdad entre los sexos, ya que, como afirma Thomas Laqueur, “la biología –el cuerpo estable, ahistórico, sexuado– es el fundamento epistemológico de las afirmaciones normativas sobre el orden social” (Laqueur, 1994: 25). En concreto, apoyaron la idea, crecientemente en auge a finales del siglo XVIII y durante el XIX, de que la constitución física de las mujeres las predisponía para la privacidad, para el mundo de la familia y los sentimientos, mientras que la de los hombres los hacía más aptos para desenvolverse en el mundo público de la política y los negocios (Knibiehler, 1976; Schiebinger, 1989; Bolufer, 1997). Tanto esa literatura de especulación y divulgación médica como muchas de las novelas de la época contienen rasgos comunes en la representación del cuerpo femenino: la alteridad vista desde los ojos masculinos, la apelación enfática a la naturaleza y la subordinación a las exigencias del cuerpo social. En efecto, en esas obras se expresa una perspectiva masculina, que representa en la mujer la absoluta alteridad y la total dependencia de su sexo en un grado que no se postula del hombre: como lo expresaría Rousseau,

El varón es varón en algunos instantes; la mujer es mujer durante toda su vida, o por lo menos durante toda su juventud; todo la atrae hacia su sexo, y para desempeñar bien sus funciones precisa de una constitución que se refiera a él.

En el siglo XVIII se formalizó, en efecto, en el pensamiento científico y filosófico un modo de pensar la diferencia sexual que se divulgaría a través de la literatura de ficción y acabaría impregnando las mentalidades: un paradigma esencialista o de la “diferencia inconmensurable” (Laqueur), que entendía los sexos como esencias radicalmente distintas, en lo físico como en lo moral.

Esas actitudes modelaron las lecturas que los médicos hacían de su experiencia clínica y también los planteamientos y los resultados de la investigación anatómica y fisiológica, que subrayaron y exacerbaron las características peculiares del cuerpo femenino (representando, por ejemplo, un modelo de esqueleto exageradamente opuesto al masculino [Schiebinger, 1989]). Tendían a considerar a las mujeres seres frágiles, débiles y sensibles, de fibras nerviosas extremadamente delicadas e incapaces de realizar actividades intelectuales que implicasen atención sostenida y razonamiento abstracto. Una imagen que las hacía, en mayor medida que a los hombres, prisioneras de su sexo, como si su cuerpo, marcado por un destino, la maternidad, les dictase de forma inexorable cómo debían ser sus conductas. Argumentaban que esas características manifestaban la complementariedad que la sabia naturaleza había establecido entre los sexos. La *naturaleza* así definida era elocuente y no admitía réplica: orden físico y orden social se explicaban mutuamente.

Al describir de ese modo el cuerpo femenino tal como, decían, se lo mostraba la evidencia experimental y clínica, los médicos se implicaban como reformadores que anhelaban transformar la sociedad y las costumbres, pero también como hombres que dejaban entrever una cierta turbación. La delectación morbosa e incluso macabra con que se detienen en relatar los efectos de las enfermedades revela una ambigua mezcla de perplejidad intelectual ante la diferencia y anhelos de fijarla y racionalizarla y de fascinación, atracción y temor hacia las mujeres. Médicos y escritores de novelas moralizantes representan el cuerpo femenino como alienado, oprimido por los *artificios*

de la civilización y dicen querer liberarlo restituyéndole su verdadero ser, en armonía con el orden natural. Apelar a la *naturaleza* frente al *artificio* constituyó un recurso frecuente en la crítica social y moral contra los estilos de vida de los grupos privilegiados. Para los médicos, todas las *irracionalidades* y *prejuicios* del Antiguo Régimen se encarnaban de la forma más visible y dramática en el cuerpo femenino. El cuerpo hedonista, que decían anteponía su placer y su belleza al bienestar de sus hijos, por ejemplo, al rehuir la lactancia. El cuerpo narcisista, esclavo de las apariencias y sometido de buen grado a las torturas de la moda, cuyos efectos describieron en un lenguaje alarmista y terrorífico (Martínez Galinsoga, 1784).

La *naturaleza* desempeñaba así una función fundamentalmente normativa, como rasero con el que medir la adecuación de las costumbres a la salud. De ese modo, la moral se hacía carne, considerándose los comportamientos contrarios a la norma causa de enfermedades para la mujer y sus hijos, y aquellos ajustados a los patrones morales como conducentes a la salud y el bienestar. En este pensamiento laico, la *naturaleza* representa el papel de un Dios vengador o benevolente que reparte castigos a quienes osan contravenir sus disposiciones y recompensas a quienes escuchan su *voz* (Bolufer, 1997).

El bienestar físico y moral de las mujeres, como el de los hombres, se entendía ínticamente vinculado a los intereses colectivos. En efecto, en el pensamiento ilustrado del siglo XVIII, la preocupación por la salud tenía un contenido explícitamente social, resumido en la idea de que las personas educadas y bien informadas debían cuidarse no sólo en su propio bien, sino también en el de la sociedad. Sin embargo, es para la mujer, en mayor medida que para el hombre, para quien ese cuidado se presenta como una responsabilidad por su cuerpo ante otros, como un deber de prepararse desde la infancia para su función reproductora. La naturaleza aparece así también como un orden que armoniza cuerpo individual y cuerpo social, identificando providencialmente las conductas que, según se dice, mejor aseguran el bienestar físico y moral de las mujeres con las más favorables a la propagación de la especie y al mantenimiento del orden social.

Las heroínas de la novela y las figuras femeninas que pueblan la literatura de consejos médicos encarnan esa concepción de la feminidad, justificada teóricamente a partir de la estrecha relación entre mente y cuerpo, entre *ciencia de la salud* y *ciencia de la moral*, que se formalizó en la Medicina y la Filosofía de la época en una fisiología y una moral de la sensibilidad y trascendió a la literatura de creación (Barker-Benfield, 1992; Rousseau, 1990; Bolufer, 2000a). La literatura de la época jugó con las ambigüedades de la sensibilidad, que se representaba al mismo tiempo como una cualidad encomiable y como un peligro, como una inclinación innata al ser humano y como aquello que definía lo femenino. En efecto, a las mujeres se las consideraba más sensibles que los hombres, en virtud de la mayor *irritabilidad* de sus fibras nerviosas y, por ende, más morales y refinadas en sus afectos, pero también más débiles y predisuestas a desarreglos nerviosos. Los extremos de la sensibilidad eran censurados, y las mujeres tomadas bajo tutela por los médicos que las decían necesitadas, más todavía que los hombres, de un régimen de vida conducente a su salud física y moral.

Esta nueva disciplina higiénica se oponía, punto por punto, a los estilos de vida que los moralistas ilustrados, entre ellos los médicos y novelistas, atribuían a las damas de su época y consistía, básicamente, en una existencia doméstica, presidida por la austeridad y, sobre todo, abocada a una maternidad amorosa y abnegada (Bolufer, 1996 y 2000a). Frente a las prendas de vestir que comprimían el cuerpo (las *cotillas* o corsés, ligas, fajas y otros ornamentos), se preconizaban ropas sueltas y ligeras (Begue de Presle, 1776: 248-251; Buchan, 1808: 72 y 128ss). Contra el maquillaje o las pelucas, acusados de obstaculizar la transpiración de la piel y de transformar artificiosamente la apariencia

personal, se proponía un ideal estético de naturalidad y transparencia contrapuesto a la imagen de la máscara, de rico significado moral en la crítica ilustrada al Antiguo Régimen (Begue de Presle, 1776: 251-256, 260-262). Frente a los peligros de una vida sedentaria, se ensalzaban las virtudes terapéuticas y morales del ejercicio físico, mas no cualquier ejercicio, sino una actividad *moderada, útil* y correspondiente al lugar que se ocupaba en la sociedad por sexo y condición: la gestión de sus propiedades y el gobierno de sus familias, para los hombres acomodados, funciones domésticas y labores caritativas para las mujeres, con preferencia a otras actividades, como la asistencia al teatro y los espectáculos, el juego o el baile, propias de una sociabilidad aristocrática y mundana. Contra todo *exceso*, se predicaban los beneficios de la moderación: en los placeres de la mesa, frente a la gula y el consumo de alimentos sofisticados y bebidas alcohólicas o excitantes como el café, té y chocolate, productos exóticos cuyo uso se había extendido socialmente en la época; rechazo despertaban también los grandes esfuerzos intelectuales o los placeres de la imaginación evocados por la lectura solitaria, a la que médicos como Tissot atribuían numerosos desarreglos nerviosos, sobre todo entre las mujeres (Tissot, 1786: 71).

Ese ideal de salud y moralidad lo encarnaron en la literatura personajes como los de Pamela, Julie o Sofía, heroínas sentimentales de las novelas *Pamela Andrews or virtue rewarded* (1740) de Richardson y *La Nouvelle Héloïse* (1760) y *L'Émile* (1763) de Rousseau. Lo representaron también, en clave más explícitamente didáctica, los personajes de novelas educativas y moralizantes como *La Nouvelle Clarissa*, de Mme. Le Prince de Beaumont (traducida al castellano en 1797), en la que se reunían todos los tópicos del reformismo ilustrado y de la crítica burguesa contra la *corrupción* aristocrática, encarnados en la contraposición entre la ejemplar Clarisa y la frívola Hariota, entre ellos la preocupación por la salud, presentada como lógica consecuencia de un estilo de vida ajustado a pautas higiénicas y morales. En esta última novela, como en otras obras de ficción y en general en la pedagogía y la Medicina del siglo, se hace visible, al mismo tiempo, la voluntad por distinguir en sus actitudes corporales a las damas *de calidad* de las mujeres de las clases populares, de modo que el cuerpo mostrara en sus disposiciones físicas las huellas del orden social establecido y aceptado como legítimo.

Lecturas y lectoras

Así pues, las imágenes del cuerpo femenino construidas en la literatura del siglo XVIII están llenas de paradojas y tensiones, son imágenes *perversas* que pudieron resultar atractivas para muchas mujeres a la vez que reportarles consecuencias físicas y psicológicas negativas. Paradojas entre naturaleza y cultura, pues los autores y autoras de novelas, tratados pedagógicos y textos médicos pretenden enseñar a las mujeres a vivir su cuerpo de las formas que se dicen *naturales*. Entre debilidad y vigor, como cualidades cargadas de significados morales y sociales: se aprueba en una dama la exhibición corporal de la delicadeza y la sensibilidad propias de su feminidad y su posición social, pero, al mismo tiempo, se censura la debilidad como emblema ignominioso de la degradación aristocrática. Entre universalidad y particularidad: las imágenes literarias encarnan una moral que se pretende universal, que dice apelar a la naturaleza igualitaria frente al particularismo aristocrático, pero que construye modelos corporales y morales que son socialmente exclusivos y excluyentes. Entre sensualidad y castidad: la literatura, novelística y médica, construye imágenes en las que, de formas a veces veladas y otras abiertas, la mirada masculina representa la sexualidad de la mujer expresándose a través de su cuerpo desvanecido, palpitante y vulnerable, o bien maternal y carnal, en contraste con la norma moral que hizo de la castidad una virtud inseparable de la feminidad, por

ejemplo, en el desmayo de Pamela ante las tentativas de seducción de Mr. B., que puede verse como una invitación a la posesión sexual.

Los testimonios que la época nos ha dejado sugieren que estas populares imágenes literarias influyeron en la forma en que las mujeres experimentaban e imaginaban sus cuerpos. Sabemos de la veneración e imitación que despertaron heroínas de la novela como Pamela y Julie. Conocemos también las reacciones emocionales de las espectadoras del teatro o las lectoras de novelas por cartas y diarios e, indirectamente, por los grabados y pinturas que representan la figura sensual de la lectora recostada, abandonada a los placeres de la imaginación (Barker-Benfield, 1992; Vincent-Buffault, 1986). Las fuentes hablan también de los problemas nerviosos que se decía aquejaban a muchas mujeres de las élites, los célebres *vapores*, y que pueden verse como efecto de la interiorización por parte de las mujeres de la sensibilidad exacerbada que se decía propia de su sexo (Alsinet de Cortada, 1794; Simón Palmer, 1983). Por otra parte, nos es conocido el entusiasmo que entre las élites ilustradas, y en ocasiones de forma pasajera, despertó la identificación del cuerpo moral y distinguido con el cuerpo sano, y de éste, en el caso de las mujeres, con la maternidad dedicada y responsable, que convirtió en prácticas de moda los paseos por la naturaleza, la asistencia a balnearios y la adopción de la lactancia materna. Por todo ello, podemos imaginar que entonces, como ahora, los modelos culturales de feminidad se hacían carne, se encarnaban en los cuerpos con todas sus ambigüedades y paradojas.

Pero los textos también hablan de disidencias femeninas sobre el modo en que la imaginación de los hombres construía el cuerpo de las mujeres. Algunas mujeres denunciaron el modo en que la desigualdad social y moral entre los sexos se justificaba teóricamente a partir de una representación interesada de la diferencia biológica. Advirtieron, además, que esa desigualdad se proyectaba a su vez en los cuerpos, perpetuándose a través de pautas de *educación física* que modelaban a las mujeres en la debilidad y las abocaban de forma restrictiva a la maternidad, definiendo sus obligaciones familiares de modo severo y profundamente desigual con respecto a los hombres. Así, en la última década del siglo XVIII cuatro mujeres de distintos países, extracción social y cultura coincidieron en sus apreciaciones críticas. La inglesa Mary Wollstonecraft captó de manera lúcida y dolorida, en su *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792) la sensualidad inherente en el modelo de la Sofía rousseauiana, en su sensibilidad exacerbada y su debilidad, que la construían como un objeto de deseo masculino, a través, entre otros mecanismos, de un modelo de educación física. La ilustrada española Josefa Amar sostuvo en su *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* (1790) que la fragilidad física de las mujeres era producto del hábito y no de la naturaleza: “la delicadeza del sexo [...] consiste más en la educación que en la organización interior” (Amar, 1994: 111). La francesa Constance de Salm denunció en los versos de su *Épître aux femmes* (1797) el modo en que la anatomía y la fisiología daban pábulo a las ideas sobre la debilidad intelectual de las mujeres y su necesaria sumisión a los hombres. Inés Joyes, española autora de una *Apología de las mujeres* (1798), apreció la subjetividad masculina bajo la pretensión aséptica de la Ciencia y denunció con clarividencia la *doble moral* de los textos médicos, que atribuían a las mujeres la principal responsabilidad sobre la salud física y moral de la familia y por extensión de la sociedad, culpando duramente a las madres por no amamantar, y mostraban cierta tolerancia hacia las libertades de los hombres, guardando silencio sobre las enfermedades que contraían en sus aventuras sexuales y transmitían a sus esposas y sus hijos.

De uno u otro modo, estas mujeres captaron en la literatura moral, médica y de ficción de su tiempo dos ideas sobre las cuales historiadoras e historiadores hemos comenzado a reflexionar y trabajar tan sólo en las últimas décadas de este siglo: que las

relaciones de desigualdad entre los sexos se han construido sobre mecanismos de justificación que incorporan representaciones de la diferencia de los cuerpos, y que el discurso médico, supuesto intérprete neutral de las eternas verdades de la naturaleza, era, como todos los discursos que genera una sociedad, indefectiblemente ideológico y como tal, partícipe de los conflictos y los intereses, los prejuicios y las relaciones de poder de su tiempo. La literatura fue uno de los vehículos de esa construcción cultural de la diferencia de los sexos, pero también el espacio donde las mujeres elaboraron versiones distintas y a veces disidentes de la relación con sus cuerpos.

Bibliografía:

Por limitaciones de espacio, indico sólo una breve selección de fuentes y bibliografía. Pueden verse referencias más amplias en Bolufer (1998, 1999, 2000 y 2000a).

Alsinet De Cortada, J. (1776): *Nuevo método para curar flatos, hypocondrias, vapores y ataques histéricos de las mugeres de todos estados y en todo estado*, Madrid: Miguel Escribano.

Arbiol, A. (1746, 1ªed. 1715): *La familia regulada*, Barcelona: Joseph Teixidó.

Amar Y Borbón, J. (1790; 1994): *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, Madrid: Cátedra.

Barker-Benfield, G. (1982): *The culture of sensibility. Sex and Society in Eighteenth-Century Britain*, Chicago-Londres: Chicago University Press.

Begue De Presle, A.-G. (1776): *El conservador de la salud o Aviso a todas las gentes acerca de los peligros que le importa evitar para mantenerse con buena salud, y prolongar la vida*, Madrid: Pedro Marín.

Bock, G. (1991): "La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional", *Historia social*, nº 9, 55-75.

Bolufer Peruga, M. (1992): "Actitudes y discursos sobre la maternidad en el siglo XVIII: la cuestión de la lactancia", *Historia Social*, nº 14, 3-22.

_____. (1996): "El plantel del Estado. La 'educación física' de las mujeres y los niños en la literatura de divulgación médica del siglo XVIII". En M. Nash y R. Ballester (eds.): *Mulheres, trabalho e reprodução. Atitudes sociais e políticas de protecção à vida*, Oporto: Edições Afrontamento.

_____. (1997): "Ciencia, reforma social y construcción de identidades sexuales: la 'naturaleza femenina' en los textos médicos del siglo XVIII", *Cuadernos de Ilustración y romanticismo*, nº 4-5, 21-38.

_____. (1998): *Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la España del siglo XVIII*, Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.

_____. (1998a): "Del cuerpo violentado al cuerpo tutelado. Doctrina religiosa y discurso higiénico en el siglo XVIII: el ejemplo del nacimiento". En: M. I. Jiménez Morales y A. Quiles Faz (coords.): *De otras miradas: reflexiones sobre la mujer de los siglos XVII al XX*, Málaga: Universidad de Málaga.

_____. (2000): "Les vêtements de la santé: le discours des apparences dans l'Espagne du XVIIIe siècle". En: *Les femmes dans la société européenne*, Ginebra: Société d'Histoire et Archéologie de Genève, 11-30.

_____. (2000a): "'Ciencia de la salud' y 'ciencia de las costumbres': higienismo y educación en el siglo XVIII". En: P. L. Morenoy A. Viñao Frago (eds.): *Higienismo y educación (siglos XVIII-XX)*. Monográfico de *Áreas. Revista de Ciencias sociales*, Murcia: Universidad de Murcia.

Bonells, J. (1786): *Perjuicios que acarrear al género humano y al Estado las madres que rehúsan criar a sus hijos, y medios para contener el abuso de ponerlos en Ama*, Madrid: Miguel Escribano.

Brown, P. (1993): *El cuerpo y la sociedad: los hombres, las mujeres y la renuncia sexual en el cristianismo primitivo*, Barcelona: Mario Muchnick editores.

Buchan, W. (1792): *Medicina doméstica*, Madrid: Ramón Ruiz.

_____. (1808): *El conservador de la salud de las madres y los hijos*, Madrid: Fermín Villalpando.

Bynum, C. W. (1987): *Holy Feast and Holy Fast. The Religious Significance of Food to Medieval Women*, Berkeley-Los Ángeles-Londres: The University of California Press.

Cazorla, B. A. (1744): *Vida y virtudes de la Venerable Gerónima Dolz*, Valencia: Josef Estevan Dolz.

- Chartier, R. (2000): *Entre poder y placer: cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid: Cátedra.
- Delarun, J. (1992): "La mujer a ojos de los clérigos". En: C. Klapisch-Zuber (ed.): *Historia de las mujeres en Occidente. 2. La Edad Media*, Madrid: Taurus.
- Delumeau, J. (1989): *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVII)*, Madrid: Tecnos.
- Duden, B. (1991): *The Woman Beneath the Skin. A Doctor's Patients in Eighteenth-Century Germany*, Cambridge, Mass.-Londres: Harvard University Press.
- Eliás, N. (1982): *La sociedad cortesana*, México: FCE.
- _____. (1987): *El proceso de civilización*, México: FCE.
- Foucault, M. (1987): *Historia de la sexualidad*, Madrid: Siglo XXI.
- Irisarri, A. F. (1782): *Retiro de damas, con los ejercicios que deben practicar en ocho días y algunas consideraciones y meditaciones*, Madrid.
- Jordanova, L. (1989): *Sexual Visions. Images of Gender in Science and Medicine between the Eighteenth and the Twentieth Centuries*, Nueva York-Londres: Harvester Wheatsheaf.
- Joyes Y Blake, I. (1798): *Apología de las mujeres*. En: *El Príncipe de Abisinia. Novela traducida del inglés por D^a...*, Madrid: Sancha.
- Knibiehler, Y. (1976): "Les médecins et la nature féminine au temps de code civil", *Annales E.S.C.*, julio-agosto, 824-845.
- Knibiehler, Y. y Fouquet, C. (1983): *La femme et les médecins*, París: Hachette.
- Laqueur, T. (1994): *La construcción del sexo. Cuerpo y género de los griegos a Freud*, Madrid: Cátedra.
- Le Prince De Beaumont, J. M. (1797): *La Nueva Clarisa, historia verdadera*, Madrid: imprenta de Cruzado, 3 vols.
- Maravall, J. A. (1986): *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI-XVII)*, Madrid: Taurus.
- Martínez Galinsoga, M. (1784): *Demostración mecánica de las enfermedades que produce el uso de cotillas*, Madrid: Imprenta Real.
- Mauss, M. (1971): *Sociología y Antropología*, Madrid: Tecnos.
- Morant, I. y Bolufer, M. (1998): *Amor, matrimonio y familia. La construcción histórica de la familia moderna*, Madrid: Síntesis.
- Mulvey Roberts, M. y Porter, R. (eds.). (1993): *Literature and Medicine in the Eighteenth Century*, Londres: Routledge.
- Ortí Y Mayor, J. V. (1743): *Vida, virtudes y prodigios de la Venerable Señora Doña Gertrudis Anglesola*, Valencia: Joseph Thomas Lucas.
- Paz, O. (1987): *Sor Juana Inés de la Cruz, o las trampas de la fe*, México: FCE.
- Peter, J.-P. (1976): "Entre femmes et médecins. Violences et singularités dans les discours du corps et sur le corps d'après les manuscrits médicaux de la fin du XVIII^e siècle", *Ethnologie française*, nº 6, 341-347.
- Porter, R. (1993): "Historia del cuerpo". En: P. Burke (ed.): *Formas de hacer Historia*, Madrid: Alianza.
- Poutrin, I. (1996): *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l'Espagne moderne*, Madrid: Casa de Velázquez.
- Richardson, S. (1985): *Pamela, or Virtue Rewarded*, Londres: Penguin Books.
- Rivera, M. M. (1992): "El cuerpo femenino y la "querrela de las mujeres" (Corona de Aragón, siglo xv)". En: C. Klapisch-Zuber (ed.): *Historia de las mujeres en Occidente. 2. La Edad Media*, Madrid: Taurus.
- Rousseau, G. S. (ed.). (1990): *The languages of psyche. Mind and body in Enlightenment thought*, Berkeley-Los Angeles-Oxford: University of California Press.
- Rousseau, J. J. (1969-1971): *Oeuvres complètes*, París: Gallimard.
- Salm, C. de (1797): *Épître aux femmes*, París.
- Schibienger, L. (1989): *The Mind Has No Sex? Women in the Origins of Modern Science*, Cambridge: Harvard University Press.
- Schutte, A. J.: "Come costruirsi un corpo di santa", *Studi Storici*, nº 33-1, 127-129.
- Simón Palmer, M. C. (1983): "Las neurosis femeninas y la educación española", *Asclepio*, vol. XXXV, 327-342.
- Stephanson, R. (1988): "Richardson's 'nerves': the physiology of sensibility in Clarissa", *Journal of the History of Ideas*, vol. XLIX, nº 2, 267-285.

Tissot, S.-A. (1774): *Tratado de las enfermedades más frecuentes de las gentes del campo*, Madrid: Pedro Marín.

_____. (1786): *Aviso a los literatos, y poderosos acerca de su salud, ó tratado de las enfermedades más comunes a esta clase de personas*, Madrid: Benito Cano.

Vigarello, G. (1978): *Le corps redressé. Histoire d'un pouvoir pédagogique*, París: Delarges.

_____. (1985): *Le propre et le sale. L'hygiène du corps depuis le Moyen Âge*, París: Seuil.

Vincent-Bufferault, A. (1986): *Histoire des larmes*, París: Rivages.

Wollstonecraft, M.: *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid: Cátedra.

Zavala, I. M. (2000): "Prólogo" y "Teresa Sánchez: la escritura, la mística y las enfermedades divinas". En: I. M. Zavala (ed.): *Feminismos, cuerpos, escrituras*, Madrid: La Página ediciones.

La idealización del cuerpo, en particular del cuerpo femenino, es una constante en la historia de la humanidad y sería ingenuo pensar que apela a su mera configuración biológica. Por el contrario es el resultado de operaciones simbólicas que le asignan un significado. Esto, como señala Pastor (1993), implica que en el cuerpo se condensan tanto la experiencia privada y personal de su formación como los componentes intrasubjetivos, es decir, los ámbitos público e histórico de su significación, pues, al ser la identidad una construcción narrativa, el cuerpo y el lenguaje son espacios de generación y articulación de significados para el sujeto.

En este sentido, a lo largo del tiempo, la representación del cuerpo de la mujer se ha focalizado en dos imágenes antagónicas, por las que o bien es venerada -como la diosa madre nutricia-, o bien, odiada -bajo la forma seductora de Venus. Se sabe que las representaciones sociales, en tanto construcciones cognitivas, cumplen, entre otras, la función de facilitar una apropiación rápida y eficaz de fuentes de información que, al ser simbólicas y estar contextualizadas -como ocurre con la información social-, se presentan de manera ambigua y confusa, de ahí su importancia en los procesos de identidad y en la conformación de los estereotipos. Así, la imaginaria de cada época va a imponer un perfil específico impregnado del sistema de creencias de ese momento histórico, por el cual, mediante el hilo ontogénico individual, los cuerpos sexuados se recrearán en un proceso social que los construye y los socializa (Luján, 1987), pero también los somete, pudiendo llegar a enfermarlos.

En el momento actual, en las consumistas sociedades industrializadas, el fetichismo del cuerpo que, entre otras manifestaciones, enfatiza la sexualización del ideal de belleza, el cuerpo sin carne, afecta a un sector importante de las mujeres y lleva a que en la construcción de la imagen corporal se minimicen los componentes intrapsíquicos y alcance un valor relevante la mera apariencia, con los efectos que esta alienación del cuerpo, sujetado a la apariencia, pueden llegar a producir. La construcción del cuerpo queda reducida a su modelación de acuerdo con unos cánones propuestos desde el modelo hegemónico y transmitidos por medio de los medios y la política de modas. Modelos que encarnan un tipo ideal masculino por el protagonismo que además de poseer belleza son percibidos como gran personalidad, independencia, auto, étnico, control sobre su propia vida y autodeterminación.

Además, a lo largo de la historia cada cultura, lejos de las diferencias anatómicas, ha tenido una interpretación socio-histórica y simbólica y en ese trama los sujetos van a quedar incardinados y van a establecer la diferencia entre el yo y la otredad, i.e., se experimenta la propia identidad corporal, psíquica y social que, obviamente, sufrirá